La cara oculta de Judith

Luciano Moreno López

Copyright ©2025 Luciano Moreno López. Reservados todos los derechos. Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Comprendidos la impresión, la reprografía, el microfilm, el tratamiento informático o cualquier otro sistema. Así como la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamo, sin la autorización escrita del autor o de los límites que autorice la Ley de Propiedad Intelectual.
Título: “LA CARA OCULTA DE JUDITH”

A la verdadera Judith, sin cuya existencia nunca se hubiera escrito esta historia.

A Marisa Calderón Lobo, con quien tantas vivencias he compartido en Cádiz.

A Marcelino Marcos Ruiz, allá donde se halle, un pasiego muy querido en Puntales, y gran amigo. (*In memoriam*).

PREFACIO

Me deprime profundamente hablar de Judith. Siempre me he negado a ello. Su recuerdo todavía golpea en mi cabeza con la misma insistencia que el martillo lo hace sobre el yunque. Judith, lo mismo que esas toxinas imposibles de eliminar, ha pasado a formar parte de mi sustancia. Ella vive dentro de mí y vivirá siempre, hasta que me visite la Parca y la entierren conmigo. ¿Qué razón me mueve ahora después de mis reiteradas resistencias a hablar de ella? La misma que mueve al asmático cuando se levanta de la cama y se acerca a la ventana entreabierta, en busca de una corriente de aire fresco, la liberación de una angustia.

Es posible, astuto lector, que por ser yo quien escriba interprete cuanto va a leer como una justificación a mi conducta e incluso me considere un embustero patológico. No importa; a estas alturas de curso, créame, ya no me preocupan las calificaciones finales. Soy hombre de responsabilidad y siempre he asumido las consecuencias que se derivan de mis actos, así como los reveses que proporciona la vida. De modo que ni pido disculpas, ni busco complacencias.

Antes de proseguir, me permito salir al paso de ciertas insidias que en su día circularon por ahí, falseando la realidad de los hechos. Admito que he sido presa de trastornos de todo tipo después de lo que ocurrió, mas ¿se me puede culpar por

ello? Bien sé que ha habido gente de mala fe que ha tratado, y trata, de esgrimir esto en detrimento mío. Hasta han llegado a decir de mí que cuando hablaba de ella perdía la conciencia de la realidad. Qué más hubiera querido yo, así habrían sido menos mis sufrimientos.

Quiero dejar claro que, exceptuando un par de lagunas en las que solo percibo una negrura sin fondo, lo recuerdo todo con luz meridiana; pues el transcurso del tiempo nada ha conseguido desvanecer en mi memoria, sino más al contrario, ha hecho que reverdezcan hasta los detalles más pequeños con una precisión repugnante. Además de que la Naturaleza me dotó de una gran capacidad para retener todo aquello que fuera de mi interés, el itinerario que me propongo recorrer, amargo e impuesto como un vía crucis, lo he repasado más de mil veces, paso a paso y punto por punto.

Explicaré, por tanto, lo que sucedió y cómo sucedió hasta el detalle, hablaré de ella, de mí mismo y del lugar donde se enmarcan los hechos. Esto es, creo, *grosso modo*, lo que a usted le puede interesar. Eso sí, procuraré ser fiel a mí mismo y escribiré como me plazca; pero ajustándome a la verdad y desde la elegancia, pues hay cosas que nunca se deben nombrar y actos que no se deben describir por demasiado vulgares. En algunas situaciones, me veré obligado a detener el tiempo para que al mirar hacia atrás los acontecimientos no me desborden; en otras trataré de alumbrar aquellos recovecos que me parezcan más oscuros; habrá momentos en

los que usted y yo nos demos la mano como lo harían dos camaradas al coincidir en un mismo punto de vista; habrá otros en que pensaremos el uno en el otro con desconfianza o con asombro; en otros, tal vez con complicidad; y habrá algunos que hasta puede ser que sonriamos juntos.

Como estoy convencido de que estas páginas constituirán el verdadero testimonio de cuanto acaeció, como lo estoy de que usted será mi lector de excepción, a partir de este momento le implicaré sin remedio en una historia, por demás extraña, por cuyos intrincados accidentes caminaremos juntos hasta llegar al mismísimo desenlace; aunque quién sabe si en algunas ocasiones, lo haremos en sentidos opuestos. Mas en caso de que llegase a perderme de vista, estoy seguro de que a un buen rastreador no se le pasarán por alto esas pistas involuntarias que se suelen ir dejando en el camino; pistas, digo, que para usted, una persona avalada por cientos de historias escuchadas, serán suficientes para sacar conclusiones y realizar su análisis.

No conozco sus debilidades para poder llegar hasta usted con estas mis palabras escritas, pero tampoco lo pretendo; usted no es un lector elegido, sino impuesto por unas circunstancias, como impuestas han sido la mayoría de las decisiones que han jalonado mi vida. Tampoco sé si es persona de transigencia; y se me ocurre pensar por tanto que acaso considere que pensamientos, citas, descripciones, percepciones más o menos subjetivas, que iré vertiendo a lo

largo de mi narración, poco o nada tienen que ver con la misma. Si así fuera, me apresuro a pedir disculpas y a rogarle que me admita esas supuestas digresiones, siquiera sea como especiales licencias que se le conceden a este diletante escribidor. Pues son aportaciones tan imprescindibles en mi discurso, como lo son los silencios en una partitura; evocaciones inevitables que nacen de recuerdos que se asoman a mi memoria y van emergiendo lentamente, como sucede en esas húmedas noches en las que al evaporarse el agua de la tierra, van surgiendo emanaciones ascendentes que forman caprichosas nubes; evocaciones que me asaltan a cada paso y a las que me es imposible sustraerme, como sucede con aquellos aromas excitantes cuya fuerza nos arrastra sin remedio; evocaciones, en fin, que forman parte sustancial de la historia, y me temo que irán creciendo en sus márgenes con la misma espontaneidad con que crecen las margaritas silvestres a los lados del sendero.

Así pues, desde este mismo instante nuestros respectivos papeles quedan bien definidos: yo seré el que escriba y usted el que lea, reflexione y juzgue. Así, aunque se trate de silenciar mi voz, mi testimonio permanecerá escrito.

Y con ese derecho que creemos que nos da la proximidad, a nosotros ya nos une una obligada relación circunstancial, solo apelo a su imparcialidad. La compasión, suponiendo que llegase a experimentarla, ni la quiero ni la necesito.

Mas comencemos cuanto antes, pues hay ocasiones, en las que una segunda lectura se hace imprescindible.

I

Fantasma. En Psicoanálisis, construcción mental imaginaria que aparece en el sujeto y se representa de diversas maneras, como sueños diurnos, o como una estructura inconsciente que subyace a contenidos manifiestos. Estos fantasmas o fantasías representan la realización de un deseo inconsciente.[1]

Esta mañana tengo la sensación de que me ha despertado un remordimiento. Con relativa frecuencia suelo recordar, a veces mutilado por sombras y veladuras, el contenido de mis sueños. Pero hoy, aun teniendo la seguridad de haber soñado, ni siquiera consigo aprehender una sola pista. «Además de en la fase REM[2], también se puede soñar en la fase de sueño profundo, que es cuando suelen aparecer las pesadillas. Si el sujeto despierta en esta fase no suele recordar lo que estaba soñando, debido a que las imágenes oníricas solo se corresponden con el mundo de lo inconsciente».

Durante las noches, a mi preocupación por alcanzar el sueño se van incorporando pensamientos que, aliados contra mi empeño de dormir, se enzarzan en una lucha sorda que no

---

1 Diccionario terminológico de ciencias médicas. Salvat Editores.
2 Rapid Eyes Movements.

concluye hasta clarear el día. E insomne, me levanto de la cama y arrastro un cansancio que me ensombrece la mañana. Luego, después de ducharme y haber mantenido una actividad más o menos intensa, me voy sintiendo mejor; pero no es hasta el anochecer cuando sube mi tono vital y aumenta mi capacidad de trabajo. Y cuando llega el temido momento de meterme en la cama para cumplir un horario y recuperar el sueño, el simple hecho de acostarme se convierte para mí en un acto heroico. «¿Recuperar el sueño? Creencia absolutamente errónea. Se lo suelo repetir a mis pacientes: las horas de sueño jamás se recuperan, se pierden». Y después de soportar el interminable paso de las horas, cuando consigo al fin dormir, despiertan mis fantasmas que, embozados en humillantes pesadillas, escondidos tras insidiosas simbologías, se enseñorean en el escenario de mi cabeza, llevando a cabo las representaciones más hirientes y vergonzosas. «Los sueños y su contenido, sea este de la naturaleza que fuere, dependen de la disposición anímica del sujeto que sueña».

El régimen de vida que aquí llevo, un tanto especial y rutinario, se me antoja el de uno de esos colegios mayores en los que residían algunos de mis compañeros de facultad. Dispongo de una habitación amplia e independiente y nadie me incomoda; todos los días leo, escribo, echo un vistazo a la prensa, escucho las noticias, paso horas en la biblioteca y doy paseos al aire libre. La comida es pasable; y el servicio, a

pesar de lo que digan, no es malo, conmigo es hasta deferente. A mí desde luego siempre se me ha respetado, y es porque el respeto a los demás constituye una de mis normas de conducta. Asimismo, dispongo de libros de consulta y obras de mi interés aunque no todas las que me gustaría. Por cierto, acabo de terminar los *Diarios* de Kafka, cuya existencia conocía y no había tenido la oportunidad de leer. Se trata de una edición en inglés que me ha facilitado una persona diligente y amable por mediación de un amigo suyo. Mi gratitud a los dos. Y gracias también a Max Brod, responsable directo de la publicación de estos *Diarios*, aun contraviniendo la decisión del propio autor de que fueran destruidos. Tengo algunas afinidades con Franz Kafka, tales como el insomnio, el amor a los libros, el gusto por escribir o la desconfianza hacia los médicos. Aunque también disentimos en otros gustos, yo no me siento atraído por las mujeres gordas.

En el Centro estoy tan considerado como pudiera estarlo un miembro distinguido de un club social, pues entre los de mi clase, digamos que soy cuando menos *primus inter pares*. Eminencias del profesorado, de vez en cuando me solicitan con rebuscada amabilidad que les haga alguna traducción, generalmente suele ser de inglés, a lo que nunca me niego, pues al entregarles el trabajo ya resuelto, me divierte ver sus caras de haba entre admirados y agradecidos, como si se hallasen ante alguien que acaba de realizar una proeza. Después, empeñados en demostrarme sus conocimientos a

toda costa, suelen sacar a colación algún tema del que creen saber algo y me hablan de él; y yo los escucho con una sonrisa de condescendencia y haciendo gala de una paciencia que en realidad no poseo. Son como esos nuevos ricos que, conscientes de su ignorancia, se afanan por parecer cultos ante un interlocutor pobre pero con estudios.

Creo que domino este ambiente. Apenas me rozo con nadie y nunca discuto, pues discutir aquí sería como luchar contra los molinos de viento[3]. Lo que más echo de menos es el diálogo, siempre tan enriquecedor; pues es en el diálogo, puerta del entendimiento, donde se depuran y sedimentan los conocimientos adquiridos o se asimilan otros nuevos. Así que, si exceptuamos un cierto olor a permanencia, no me encuentro mal en esta vieja residencia, a decir verdad mucho mejor de lo que preví al principio. Es como si me hallara en una jaula de oro, en la que la sola intencionalidad de abandonarla me produce cierta pereza. No quiero decir con esto que la estancia aquí me agrade tanto que no me gustaría sustituirla por ninguna otra, pero tampoco me hallo en condiciones de pedir demasiado. Solo aspiro a que me dejen tranquilo y disponer de tiempo, pues mi principal actividad consiste en escribir y este proceso requiere reflexión y tiempo. Nací para ser escritor

---

[3] *Referencia a un pasaje de El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, en el que don Quijote lucha contra los molinos de viento, convencido de que lucha con gigantes.*

y soy consciente de que equivoqué la carrera. Además de mi hermano, admirador incondicional de mi expresión escrita, otras personas me animaron para que desarrollara mis aptitudes en este campo. Mas no quisiera pensar al decir esto, lector sagaz, que por ser yo quien mencione mis posibles aptitudes literarias, se le ocurra inscribirme en el club de los pedantes y los engreídos, pues aún sin serlo, tampoco me seduce la idea de parecerlo. Pues lo mismo que le sucedía a Kafka, yo no persigo la fama con este quehacer literario, ni tampoco ganarme la vida, sino que escribo por la sana distracción que me produce hacerlo.

Jamás se me olvidarán las peroratas con las que me regalaba mi hermano hablando de los escritores, él creía tener las ideas muy claras al respecto. Y hace unas semanas volví a acordarme de él, releyendo a Cela. «Si el escritor no se siente capaz de dejarse morir de hambre, debe cambiar de oficio»; o «La ley del escritor no tiene más que dos mandamientos: escribir y esperar».

La ciudad de Cádiz se halla dividida en dos zonas, Cádiz y Puerta de Tierra. Pero a pesar de que las dos unidas forman la totalidad del casco urbano, se encuentran bien diferenciadas, tanto en su arquitectura como en su historia. La